

Testimonio de una transexual colombiana

autor EL ESPECTADOR
domingo, 30 de abril de 2006

Fue en un periódico amarillista de circulación nacional a mitad de los años 80, donde Silvia* encontró la respuesta a una pregunta que la martirizaba desde la infancia. En la foto: Roberta Close, una famosa transexual brasileña. El pie de foto: “Una mujer atrapada en el cuerpo de un hombre”. “Esa frase me encantó, me dio una identidad total, nadie me lo había podido decir y yo no lo había podido explicar”, dice Silvia. Ese pie de foto explicaba por qué se enamoró del hermano del mejor amigo a los 16 años sin sentirse homosexual. O por qué le mintió a su papá diciendo que necesitaba usar medias veladas para cubrir la crema recetada por el médico para el tratamiento de psoriasis. O la razón para sentir pudor por cambiarse de ropa frente a sus compañeros de clase en un colegio en Cajicá.“Una mujer atrapada en el cuerpo de un hombre”, fue el camino para enterarse que padecía lo que los psiquiatras y especialistas hoy en día llaman Trastorno de Identidad Sexual o Trastorno de Identidad de Género. Según estudios realizados en Suecia y Gran Bretaña, uno de cada 37.000 varones es transexual y una de cada 108.000 mujeres siente un malestar persistente respecto al sexo asignado. La Academia de Medicina de Francia plantea que el transexual tiene el sentimiento profundo de pertenecer al sexo opuesto al que es genética, anatómica y jurídicamente el suyo. Es la tortura de no pertenecer al cuerpo asignado.

¿Por qué comete este error la naturaleza? Nadie lo sabe con certeza, pero las teorías cada día se alejan más de explicaciones psicológicas y hábitos aprendidos en la infancia para escudriñar en la genética, la embriología y la neurología indicios que conduzcan a una explicación satisfactoria. Estudio del Instituto de Investigaciones de Amsterdam junto a otros de centros de referencia internacional en el área, apuntan a que, aunque el género físico del feto lo determinan los cromosomas (XX para mujer, XY para hombre), es en el desarrollo embrionario cuando ocurre una modulación hormonal sobre el cerebro que configura la identidad de género (creerse y sentirse hombre o mujer). Estrenando senos Roberta Close se practicó la cirugía de reasignación de sexo en 1989, treinta y seis años después de la primera cirugía de este tipo reportada en el mundo. Silvia recuerda que “para ese momento acceder a una reasignación de sexo era imposible para mí, pero era mi solución y desde ese momento empecé a trabajar en ella”. Para contar la larga historia que terminará en un par de semanas, cuando por fin se va a someter a la cirugía de cambio de sexo gracias a un equipo multidisciplinario coordinado por la psiquiatra Elena Martín de la Universidad Nacional, Silvia necesita dos tazas de tinto y media cajetilla de cigarrillos. Cigarrillos que extrae con unos dedos anchos, pero dejando caer la muñeca como las mujeres, que luego enciende masculinamente cubriendo la llama y que encendidos, toma entre las falanges distales del índice y el anular con la delicadeza de una señorita. Un gesto que resume su pasado y su presente, su apariencia y sus sentimientos. La terapia hormonal que inició en 2003, como uno de los pasos previos a la cirugía de reasignación de sexo, ha servido para limar las asperezas de un cuerpo varonil. “La Terapia Hormonal Sustitutiva” provoca algunos de los caracteres sexuales secundarios del sexo deseado. El tratamiento con progestágenos (hormonas femeninas) y antiandrógenos (sustancias que bloquean el efecto de la testosterona) redistribuyó la grasa del cuerpo: se acabó la barriga y las caderas fueron tomando forma de mujer; la piel se suavizó y adquirió una tonalidad más mate; el vello corporal se redujo; y lo más importante para Silvia, aparecieron unos importantes senos naturales.

“Eso fue bastante emotivo, porque me sentía como quinceañera. Es un fenómeno muy doloroso, no podía bajar las escaleras de la empresa porque me dolía. Sentir mis senos crecer fue muy satisfactorio”. Esperando un milagro En 2003, tras el fracaso de un matrimonio de casi 10 años con una mujer y en el que nació una hija biológica y adoptó un hijo, Silvia decidió iniciar su segundo proceso de reasignación de sexo. El primero fue antes de casarse y lo suspendió porque la que sería su esposa lo convenció de que Dios solucionaría su trastorno.

“El amor por ella y haber tocado la parte religiosa y espiritual me hicieron pensar que si nada ni nadie había logrado cambiar mi identidad de mujer, de pronto un milagro podía hacerlo”, recuerda Silvia. Y añade, “casi 10 años duró el intento. Entré a la iglesia cristiana. Estaba muy convencida de lo que estaba haciendo. Le dejaba la responsabilidad a mi Dios. Los domingos iba a la iglesia de 8:00 a.m a 2:00 p.m, los sábados a los Ositos para Cristo que era para niños, en la noche al curso para parejas que yo coordinaba, el jueves asistía al instituto bíblico, de lunes a viernes estudiaba teología. La dedicación era absoluta y un hogar sobre un piso espiritual se sostiene muy bien, aun con abstinencia sexual”. Ahora está convencida de que Dios no obra así.

Tras el divorcio en 2001 comenzó la búsqueda de la solución que había deseado desde la juventud. A través de una mujer en Los Ángeles, que contactó por medio de correos electrónicos, se enteró de que en Bogotá un grupo multidisciplinario de científicos vinculados al Hospital Materno Infantil y a la Universidad Nacional realizaban la cirugía de reasignación. Prueba de vida Existía, sin embargo, un protocolo por cumplir antes de la vaginoplastia: consultas con psiquiatras y psicólogos, terapia hormonal y, lo más importante, una prueba de vida o la prueba de la vida real, como la llaman otros. Es decir, asumir de una vez por todas, ante la sociedad y la familia, la conducta propia del nuevo sexo. “Para mí reconocerme como mujer nunca fue problema. Pero que una sociedad te reconozca, te trate, te vea, te pague el salario como mujer y te ceda caballeramente el puesto en un bus, es muy difícil”, comenta Silvia. “Imagínate cuando llegas al banco a cobrar un cheque y llaman al señor Pepe Pérez y se acerca a la ventanilla una señora muy bien arreglada. Ahí hay problemas”, explica Silvia. “Fue muy duro descubrir que no bastaban unas prendas y un maquillaje para que te digan señora. Aquí es donde creo que la prueba de vida es fundamental: una cosa es verse y otra es que te vean como mujer. Hay un momento de discriminación, de violencia visual. Muchas personas naufragan en esta prueba y no la cumplen”. Pensaba que una vagina me hacía mujer Sin embargo, Silvia reconoce que no calculó muy bien los efectos de su decisión. Cuando apareció con falda, uñas pintadas y aretes en la compañía nacional para la que trabajaba, la vida comenzó a complicarse. El contrato laboral cambió y pronto

tuvo que renunciar porque eran inviables las condiciones. Desde entonces está sumida en una difícil situación laboral. Por otro lado, su ex esposa instauró un proceso administrativo en Bienestar Familiar por terminación de derechos de patria potestad por inmoralidad y transexualismo. Sus argumentos no corrieron por suerte pues el caso quedó en manos de una funcionaria que años atrás la escuchó predicar en la iglesia cristiana. Desde 2003 no ha podido ver a su hijo adoptivo y a su hija biológica. El 18 de mayo tiene una audiencia de conciliación ante un juzgado de familia para definir la regulación de visitas. La razón para no revelar su nombre y no descubrir el rostro ante la cámara fotográfica no es otro que el amor por sus hijos y el miedo a perderlos. Aunque sus finanzas personales están en rojo, el sueño de la cirugía es posible gracias a un grupo de amigas que reunieron los cerca de 15 millones de pesos que cuesta el procedimiento y la buena voluntad de algunos de los médicos que renunciaron a los honorarios. "No lo entendía cuando inicié mi proceso, porque al igual que muchas personas, pensaba que una vagina me hacía mujer, pero esa es la parte menos importante. La sociedad no me va a tratar mejor o peor porque tenga vagina, ni siquiera lo saben. Ser mujer es esto, es vivir, pensar, cocinar, querer, amar, soñar, trabajar como una mujer", eso dice Silvia a un mes de cumplirse el sueño que parecía imposible. Medio siglo de cirugías Con los avances en el conocimiento de las hormonas de sexo y de la cirugía estética después de la Segunda Guerra Mundial, finalmente fue posible plantear soluciones médicas y quirúrgicas para la transexualidad. Algunos cirujanos empezaron a llevar a cabo cirugías para construir vaginas en transexuales de hombre a mujer, utilizando injertos de piel del muslo o de las nalgas. Aunque las pacientes se sentían felices por la solución, los injertos de piel no eran seguros, quedaban cicatrices y la capacidad de orgasmos eran mínimas. A finales de los años 50, un cirujano estético francés, Georges Burou, inventó el método moderno de cirugía de reasignación de sexo de hombre a mujer —el de la inversión del pene. Se han utilizado variaciones de esta técnica desde entonces. La innovación clásica del Dr. Burou era utilizar los genitales varoniles como fuente de piel y tejido sensible erótico para crear los nuevos genitales femeninos, vagina incluida. El Dr. Burou ejecutó estas cirugías en su clínica en Casablanca, Marruecos. Entre 1958 y 1960, este doctor transformó con éxito varias mujeres del club Le Carrousel de París, Francia, entre ellas April Ashley. En 1966, los cirujanos del Centro Médico Johns Hopkins empezaron a llevar a cabo operaciones de hombre a mujer. Datos clave- En Filadelfia un estudio entre 182 transexuales demostró que un tercio de ellos había intentado suicidarse.

- En 1972 la American Medical Association Committee on Human Sexuality hizo pública la opinión médica dominante de que la psicoterapia es inefectiva para personas transexuales.
- Desde la primera cirugía de reasignación de sexo, en 1953, se han realizado alrededor de 6.000 operaciones y actualmente se calcula que unas 60.000 personas esperan su turno.
- Un estudio de la Universidad de Amsterdam es considerado la evidencia más fuerte de que existen similitudes estructurales y neuroquímicas entre el cerebro de las personas transexuales y el cerebro típico de las persona del sexo con el que se sienten identificados.
- En Colombia la Registraduría Nacional del Estado Civil permite a los transexuales obtener una cédula nueva de acuerdo con su identidad sexual.